

PÁGINAS ESCOGIDAS

LEONIDAS ANDREIEV

De los modernos escritores rusos, Leonidas Andreiev es el más directo sucesor del gran Dostoievski, en técnica, en sensibilidad, en penetración.

No es tan genial como el autor de «Crimen y Castigo»—¿cómo llegar a cumbre tan alta?—pero sí lo suficiente para sobresalir y elevarse muy por encima de todos sus contemporáneos en las letras rusas, y para distinguirse, con una personalidad relevante, señora, entre los más grandes escritores europeos.

En sus novelas, magníficas todas, late un realismo tan idealista, tan lleno de sugerencias de toda especie, como se ve en pocas obras de esta índole. Realismo e idealismo, ayuntados de modo perfecto, logrados por entero, cumplen a maravilla, en las creaciones de este escritor, sus más hondos e intensos significados.

En sus dramas, plena cumbre de este género en las letras rusas, palpitan las más henchidas promesas para un resurgir de lo trágico, en cierto modo, a la manera antigua, pero con medios, técnica y estilo muy modernos.

En sus cuentos o relatos cortos, ha realizado la perfección más acabada. Recuerda en ellos a Maupasant, pero menos naturalista que éste por más realista, y además con su peculiar idealismo, sus cuentos son, al propio tiempo que trozos de vida y bellas miniaturas—delicadas obras de arte—, frutos maduros en los que se saborea el zumo de una idealidad.

Como Dostoievski, se ha asomado a las profundidades de la psicología del hombre estremecido de emoción y apetente de certidumbre acerca del mecanismo íntimo de las acciones. Pero así como Dostoievski parecía permanecer sereno ante los fenómenos que descubría—y de esta serenidad, en el fondo pasión arrolladora, nacía su más imponente grandeza—, Andreiev sufre y el lector lo ve sufrir. A veces, leyéndole, hasta se advierte que cuando creaba ciertas páginas, hijas de experiencia en su busca de certidumbre, lloraba. Están allí sus lágrimas por el dolor descubierto y que él, tan sensible, no podía evitar. Esta es su más alta ejecutoria. No hay ni una sola página suya en que no palpite, estremecido y atribulado, su deseo de aminorar el sufrimiento de los hombres.

Pero no ha ocultado nunca, por grandes que fueran sus deseos de que hubiera menos dolor en el mundo, ni una sola bajeza, ni una sola ruindad de las criaturas. De aquí el gran mérito, para todos los tiempos, de sus libros. A un lado su idealismo; al otro la realidad. Respetando ambas cosas, ha logrado crear obras inmortales.

Estilista admirable, gran escritor, observador atento y profundo, alma atormentada por la sed de mejores tiempos, conocedor de los que vivía, incapaz de mixtificar cualquier tendencia de un hombre que estudiara para ofrecer su vida en un libro, con una prosa henchida de nervio y de vitalidad, Andreiev ha dejado al mundo una herencia literaria portentosa, llena de calor de humanidad y sembrada de análisis psicológicos que serán valederos para toda hora futura.

Murió lejos de Rusia, a la que con sus obras tanto había enaltecido, cuando todavía no contaba cincuenta años, y se esperaban de él nuevos y más grandes libros. Murió antes de que su genio hubiese culminado.

La tristeza meditativa que se desprende de todos sus escritos, parecía ya anunciar esta muerte temprana. Era un hombre que se iba consumiendo con las grandes torturas morales que le proporcionaba todo lo que veía a su alrededor.

En España, gracias a la editorial Calpe y a la Biblioteca Nueva, Andreiev está casi por entero traducido. Bien lo merece. Era un gran escritor y un gran hombre.

Por nuestra parte, cogemos siempre sus libros con una emoción íntima. Rendimos así homenaje a quien tanto sufrió porque los hombres sufren.

Para que lo saboreen nuestros lectores, damos a continuación uno de sus más originales relatos breves.

La llamada

Fatigado por las angustias del día, me había dormido vestido sobre la cama. Mi mujer me despertó. Llevaba en la mano una bujía, cuya lucecita vacilante, en medio de la noche, se me antojó clara como el sol. El rostro de mi mujer estaba pálido. Sus ojos enormes, que me parecían entonces extraños, como si los viese por primera vez, brillaban con un fulgor siniestro.

—¿No sabes?—dijo—Están levantando barricadas en nuestra calle.

En torno reinaba el silencio. Nos miramos uno a otro y sentí que mi rostro se iba poniendo pálido. Hubo un momento en que la vida pareció extinguirse; pero no tardó en volver, manifestándose en los fuertes latidos del corazón.

En torno reinaba el silencio. La llama de la bujía vacilaba, exigua, ligera, pero hiriente como una espada.

—¿Tienes miedo?—pregunté.

Su barbilla temblaba ligeramente, pero sus ojos permanecieron inmóviles, mirándome sin pestañear. Sólo entonces me percaté de que eran unos ojos terribles, com-

pletamente desconocidos para mí. Yo los había mirado durante diez años y creía conocerlos mejor que los míos; pero en aquel instante había en ellos algo nuevo que no acertaba a definir. ¿Era orgullo? No; era una expresión extraordinaria.

Le cogí la mano, que estaba fría. Me respondió con un fuerte apretón, en el que había también algo nuevo, desconocido hasta entonces para mí. Nunca me había estrechado de aquella manera la mano.

—¿Hace mucho tiempo?—le pregunté.

—Cosa de una hora. Mi hermano ya se ha ido. Sin duda, temiendo que tu no se lo permitieses, lo ha hecho con sigilo. Pero yo lo he visto.

¡Era pues verdad! ¡Aquello había llegado!

Me levanté y me lavé despaciosamente, como lo hacía siempre por la mañana, después de una noche entera de sueño. Mi mujer me alumbraba con la bujía. Luego la apagamos y nos asomamos a la ventana que daba a la calle.

Corría el mes de mayo. Al abrir la ventana, el cuarto se llenó de un aire delicioso, que seguramente no había nunca respirado en la enorme y vieja ciudad.

Hacía ya días que las fábricas no trabajaban y que por la vía férrea no pasaban trenes.

No impurificado por el humo de las chimeneas ni por el polvo del carbón, el aire olía a campo, a jardines en flor, a rocío. No hay palabras que den idea del delicioso olor del aire en las noches primaverales, lejos de la ciudad.

No había en la calle ni un solo farol encendido, no se veía pasar ningún coche, no se oía ruido ninguno. Cerrando los ojos podía uno hacerse la ilusión de que no se hallaba en la ciudad, sino en pleno campo.

No tardé en oír ladrar a un perro, como en la paz rústica de la aldea. No había oído nunca ladrar a un perro en la ciudad y prorrumpí en una risa alegre.

—¡Escucha, un perro!

Mi mujer me abrazó y dijo:

—Están ahí, en la esquina.

Un poco inclinados hacia fuera, vimos moverse algo en las profundidades opacas de la noche. ¿Qué se destruía en su negrura? ¿Qué se construía? Formas vagas movíanse, agitábanse, a modo de sombras. Empezaron a sonar los golpes de un hacha o de un martillo. Era un ruido alegre, sonoro, que evocaba el bosque y el río, que hacía pensar en la compostura de un bote, en la construcción de un dique. Y el presentimiento de un trabajo risueño, plácido, me impulsó a estrechar fuertemente a mi mujer entre mis brazos. Ella miraba, sobre los tejados, la luna de cuernos agudos, que descendía lenta y parecía joven y alegre como una muchacha que sueña, y, no atreviéndose a contarlos, oculta sus sueños luminosos.

—Cuando la luna esté en el lleno...

Pero mi mujer me interrumpió asustada: